



EILEEN
GOUDGE

LAS ESPINAS
DE LA VERDAD

En esta conmovedora secuela del inolvidable *best seller El jardín de las mentiras*, las protagonistas se encuentran por fin cara a cara con la verdad que se les ocultó durante casi medio siglo.

La noche en que Sylvie da a luz una niña se desata un incendio en el hospital. El caos generado por el fuego le brinda la oportunidad inesperada de ocultar a su marido una verdad que la avergüenza profundamente. Como resultado, su verdadera hija crece en Brooklyn, prisionera de la crueldad y el desamor de una familia que no es la suya y otra niña vive rodeada del lujo de Manhattan y de un afecto que no le pertenece.

Ahora el destino se interpone una vez más, impidiendo que la vida de estas dos mujeres tomen caminos separados. Solo la verdad puede ayudarlas a superar el conflicto. Y Sylvie, en su lecho de muerte, deberá decidir si ha llegado por fin el momento de desentrañar la intrincada telaraña de mentiras con que ha intentado vanamente proteger a sus seres queridos.

Las espinas de la verdad lleva a su culminación una apasionante historia que, aunque arranca en hechos pasados, atrapa por sí sola fascinando al lector.

Índice de contenido

Agradecimientos

Julio

Uno

Dos

Tres

Agosto

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Septiembre

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Octubre

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Sobre la autora

Para Sandy, quien me lo enseñó todo.

AGRADECIMIENTOS

Más o menos durante la última década, desde la publicación de mi primera novela *El jardín de las mentiras*, lectores de todo el mundo y de todas las condiciones han musitado las palabras mágicas que todo autor quiere oír: «Esos personajes me resultaron tan reales que no hago más que preguntarme qué puede haberles sucedido después». Yo tampoco podía dejar de preguntármelo. Y después de escribir este libro en el que, por fin, esa pregunta encuentra su respuesta (por lo menos por ahora) quiero hacerles llegar mi agradecimiento a todos aquellos que se interesaron bastante como para hacer la pregunta y también a todos los que creyeron en mí y me apoyaron desde el principio.

Un agradecimiento especial para el más entregado e incansable de mis apoyos, Hermine Lieberman y el grupo de Bronx Bookplace.

La verdad y las rosas tienen espinas.

Proverbio

6 de julio de 1996

Mi queridísima hija:

Sí, mi hija. Sé que estás pensando que no es justo. ¿Cómo puedo reclamarte como hija si nadie, aparte de nosotros tres (tú, yo y Nikos) conoce la verdad? La razón es sencilla: soy tu madre. Si no a los ojos del mundo, en la realidad y dentro de mi corazón.

Te escribo esto no como una disculpa, sino con la esperanza de echar un poco de luz en ese lugar oscuro que mi secreto te ha obligado a ocupar. Solo Dios sabe hasta qué punto lamentó la vida que pudo haber sido tuya, nuestra, si hace muchos años yo hubiera hecho una elección distinta. Te he contado lo que sucedió... Pero ¿sabes cuántas veces he tenido ganas de sentarme a tu lado y sencillamente conversar contigo, desde aquel día que viniste a mí por primera vez, exigiéndome que te dijera la verdad? Escuchar tus pensamientos y tus sentimientos... y contarte los míos. En una época creí tener todo el tiempo del mundo. Ahora, sentada junto a la ventana de mi dormitorio que da al jardín, en lugar de ver las rosas que estuve podando toda la mañana, solo veo hasta qué punto se alargan las sombras.

Porque sabrás, mi querida Rose, que estoy muriendo. El doctor Choudry me dice que tal vez sea solo cuestión de meses; parece que el

corazón que me ha sido fiel durante estos setenta y cuatro años está tan gastado como yo misma. Cuando leas esta carta, ya me habré ido. Y ruego que también se haya ido toda la amargura que puedas sentir hacia mí.

Por eso te escribo esta carta, la última de las muchas que te dirigí pero nunca envié. Al principio me contuve porque no habrían tenido sentido (ni siquiera habrías sabido quién era yo) y más tarde porque tuve miedo. Temí que no las vieras como una expresión de amor, sino como un pálido sustituto de lo que pude haberte dado personalmente. Hasta que me vaya, guardaré también esta carta junto con las otras. Tal vez entonces comprendas que no te pido nada, solo que sepas que fuiste profundamente querida.

Porque, más allá de lo que puedas pensar, jamás habría permitido que te criara otra mujer de haber sabido lo cruel que era ella. En verdad, fue una decisión que no imaginé que me vería obligada a tomar. Nuestras vidas, nuestro futuro, todo habría sido distinto si no fuera por lo sucedido la noche de tu nacimiento. El incendio. ¡Oh, Rose, no puedes imaginar lo que fue! Humo, sirenas, gente que corría enloquecida por los corredores. Creo que yo también me volví un poco loca. Mi único pensamiento coherente era que debía encontrarte. Rescatarte.

Pero cuando llegué a la guardería infantil del hospital solo había un bebé que aún no había sido rescatado... y no eras tú. Después, cuando todo el mundo supuso que el bebé que había salvado era mío, tuve la sensación de que no me quedaba más alternativa que continuar por el sendero en el que el destino me había colo-

cado. ¡Estaba tan desesperada! Con tus ojos oscuros y tu pelo negro, Gerald, mi marido, habría sabido enseguida que no eras hija suya. Las sospechas que abrigaba acerca de Nikos, tu verdadero padre, se habrían confirmado.

En un momento de locura, creí con honestidad que el bebé que tenía en mis brazos, con su piel clara y sus ojos azules, era la respuesta a mis oraciones. ¿Quién era yo para cuestionar lo que sin duda era designio de Dios? Era como si me acabaran de conceder una última oportunidad de salvarme... y de salvarte a ti. Sí, aunque te parezca una locura, en realidad creí que estarías mejor.

No tardé en comprender mi equivocación, el terrible error que acababa de cometer. Pero entonces ya era tarde. Decir la verdad no solo me habría costado mi matrimonio, sino que también habría significado renunciar a Rachel, a quien ya amaba profundamente. Lamento si te duele saberlo, mi querida Rose, pero si no fuera así, ¿qué sentido tendría todo esto? De no ser por Rachel, no habría habido ninguna necesidad de guardar el secreto después de la muerte de Gerald. Ya no tema necesidad de proteger a nadie.

No creas que no sé cuánto te ha costado esto. ¿Y cómo te lo he pagado? En lugar de reconocerte abiertamente, te obligué a prometer que guardarías mi secreto. No solo te he robado una madre, sino también una abuela para tus hijos. ¿Y por qué? Para que Rachel, la hija a quien debes considerar injustamente favorecida, no perdiera su paz de espíritu.

¡Ojalá fuera tan simple! Pero, como bien sabes, la situación es más complicada. Alguien di-

jo que cuando se planta una mentira crecen mil más. Ahora, después de tantos años, no solo debo pensar en Rachel... sino también en su hija. ¿Cómo reaccionaría Iris al enterarse de que todo lo que ha llegado a creer, en lo que ha llegado a confiar, no es más que un engaño? Si ella fuese más fuerte, tal vez no necesitara protección. Pero tú sabes tan bien como yo lo frágil que es Iris. Y la facilidad con que algo como esto la empujaría a hacer cosas irreparables.

Así que debo dejarte cómo te dejé antes, lamentándolo. Lo siento. No solo por haberte fallado, sino por haber hurgado en todo esto en lo que parece el peor momento posible. Sé lo que es perder un marido a quien una ama. Con Max tuviste la mejor clase de amor: pasión unida a amistad. Aunque nunca nos hemos casado, eso es lo que he encontrado en Nikos. Te pido que lo cuides. A él no le resultará fácil vivir sin mí. Y no lo culpes. Nada de esto fue culpa suya. Mantuvo el silencio durante tantos años por lealtad hacia mí... no por falta de amor hacia ti, su única hija.

Tampoco culpes a Rachel. Lo creas o no, en ciertos aspectos ella te envidia. Envidia tu sabiduría. Tu coraje. Porque así como la adversidad te ha convertido en una mujer fuerte, ella en cambio tiende a ser cabezota. Corre hacia lugares en que los ángeles no se animarían a entrar, y muchas veces está tan decidida a salvar al mundo que no repara en que ella misma necesita que la salven.

Pero tú mayor don, querida Rose, es también tu mayor carga: la compasión. Si no fuera por la bondad de tu corazón, hace años que me

habrías dado la espalda. Y, quién sabe, tal vez en ese caso tu vida hubiera sido mejor.

Lo único que puedo decirte con seguridad es que la mía ha sido más rica porque tú estabas en ella. El milagro es que, de alguna manera, tú y yo sobrevivimos. Y, espero, nos acercamos más en el camino. Porque el amor, una vez ha sido plantado, puede sobrevivir en la tierra más dura. Y si se le da una oportunidad, hasta llega a florecer.

Confía en la fuerza del amor, Rose. No temas abrir tu corazón a sus posibilidades cuando se te presenten, cosa que te prometo sucederá. No significará que no amaste a tu marido. Por el contrario. Será un tributo a todo lo que tú y Max compartisteis.

Y ahora debo terminar, si no me apresuro a vestirme, llegaré tarde a la fiesta en honor de Brian. Aparte de Nikos, nadie sabe lo enferma que estoy, de manera que quiero ofrecer el mejor aspecto posible. Tú también estarás allí. Te sonreiré y conversaremos de temas intrascendentes. Y abrigaré la esperanza de que algún día lo veas tal como yo: que en la vida, algunas elecciones son definitivas, sin esperanzas de vuelta atrás. Una, sencillamente, debe vivir esas situaciones con toda la buena voluntad posible.

Con el amor de siempre,

SILVIE

Julio

La anciana vivió durante muchos años una vida pacífica y feliz, en compañía de sus hijos. Se llevó consigo los dos rosales, que se alzaban frente a su ventana y que cada año florecían con las rosas blancas y rojas más hermosas.

Cuentos de hadas
de los hermanos Grimm

 **Uno**

–Mamá, ¿qué te parecería que Drew y yo nos casáramos?

Rachel Rosenthal McClanahan no oyó, sino que sintió la pregunta de su hija. La sintió como un golpe entre los omóplatos. Estaba bregando con el cierre del collar de perlas que Brian le había regalado para el último Hanukkah y quedó como petrificada delante del espejo redondo de su cómoda *art déco*, con los brazos en alto como alas, con su vestido negro.

Permitió que un extremo del collar se le deslizara por los dedos y bajó los brazos con tanta lentitud y cuidado como si fuera una paciente que se somete a un examen. Había estado deseando que llegara esa noche, esa fiesta en honor de su marido... pero lo que sentía en ese momento era algo más parecido al terror. La clase de terror que años atrás le provocaba Iris, antes de que...

De golpe evitó dejarse llevar por ese pensamiento. Antes de que Iris empezara a ver al doctor Eisenger, pensó ya con más tranquilidad. Se volvió con lentitud. Su hermosa hija, en ropa interior, estaba delante de su ropero buscando una chaqueta que le había pedido prestada. Descalza, Iris no debía de medir más de un metro cincuenta; su pelo dorado oscuro le caía en ondas hasta la cintura. Su rostro, que parecía un delicado camafeo, con la barbilla redondeada y una frente que de alguna manera le daba una apariencia antigua, estaba arrebolado y sus ojos castaños brillaban.

Rachel permaneció inmóvil, casi sin atreverse a respirar, mientras los brazos y las piernas le pesaban muy fríos y

cada vez más entumecidos. Lo único que no estaba inmóvil era su corazón, que se le acababa de caer a los pies. Debo de haber comprendido mal pensó.

El día anterior, Rose le había confiado durante el almuerzo que Drew quería terminar su relación con Iris. Rose aclaró que su hijo la amaba tanto como siempre, que no podía imaginar la vida sin ella. Pero que no saber nunca lo que Iris podía llegar a hacer al minuto siguiente lo estaba matando lentamente. El estado de ánimo en que estaría. Las acusaciones que le haría.

Rachel estaba tan sorprendida que no le pudo contestar.

¿Drew sin Iris? Sería como la luna sin las estrellas. Cuando trató de imaginarlos a uno sin el otro, solo logró verlos a los dos, como una fotografía de un álbum familiar. Drew arrastrando a Iris dentro de su coche rojo, mientras ella lanzaba gritos de alegría. Drew e Iris apagando las velas del pastel de cumpleaños que insistían en compartir a pesar de que cumplían años con una semana de diferencia y que Drew, a pesar de ser más fornido y de haberse saltado un año en la escuela, era un año menor que ella. Ambos en la cabaña del lago George, que Rose y Max alquilaban todos los veranos, donde Iris trotaba detrás de Drew a todas partes donde él fuera, como un cachorrito. Incluso lo seguía hasta el centro del lago, a pesar de que, en visitas anteriores, gritaba y se enfurecía cuando Rose trataba de enseñarle a nadar.

Luego en el instituto, después de que Iris... cuando estuvo tan enferma... y allí estaba Drew, que pasaba a visitarla todas las tardes para sentarse con ella en el cuarto, teniendo cuidado de dejar la puerta abierta para que Rachel no recelase. Entonces le contaba lo sucedido ese día en el instituto y que sus compañeros habían preguntado por ella. Y con cada sonrisa, con la suavidad de su voz, le aseguraba a Iris que no estaba loca y que mejoraría. Drew le daba a su hija lo que ni ella ni Brian, ambos demasiado